

Epigramas
eróticos griegos
Antología Palatina
(Libros V y XII)

Introducción, traducción y notas
de Guillermo Galán Vioque
y Miguel Á. Márquez Guerrero

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 2001
Segunda edición: 2023

Diseño de cubierta: Elsa Suárez / www.elsuarez.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la introducción, traducción y notas: Guillermo Galán Vioque y Miguel Á. Márquez Guerrero, 2001, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2001, 2023
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-106-9
Depósito legal: M. 181-2023
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Nota a la presente edición

Después de más de veinte años desde la primera edición, este volumen sigue ofreciendo al lector de lengua española la única traducción conjunta de los dos libros eróticos griegos de la *Antología Palatina* (libros V y XII). Dado el tiempo transcurrido, en esta segunda edición hemos actualizado la bibliografía, que incluye los estudios más relevantes y las nuevas traducciones parciales que han aparecido en las dos primeras décadas del siglo XXI, y reelaborado en menor medida la introducción y la traducción con el objeto de ofrecer una versión más actual. Nuestra traducción sigue el texto de la edición de *Les Belles Lettres*, que recientemente se ha completado con el último de sus volúmenes (J. Irigoin, F. Maltomini y P. Laurens, *Anthologie Grecque. Première partie. Anthologie Palatine. Tome IX. Livre X*, París, Les Belles Lettres, 2011).

Además de los numerosos comentarios, estudios, traducciones e incluso alguna edición que se han publicado en estos años sobre los epigramas griegos, tanto de la *Antología Palatina*, como de los nuevos descubrimientos papiráceos (nos referimos especialmente a los papiros que contienen el conocido como “nuevo Posidipo” [*PMil. Vogl.* VIII 309] y la antología de epigramas inéditos de Páladas [*P.CtYBR inv.* 4000]), entre las principales novedades en el campo de la epigramática griega cabe señalar, en nuestro país, la publicación del primer volumen de la que será la primera versión bilingüe griego-español de la *Antología Palatina*, aunque no incluye ninguno de los dos libros eróticos (B. Ortega Villaró y M.^a T. Amado Rodríguez, *Antología Palatina: libros XIII, XIV, XV (epigra-*

mas variados), Madrid, CSIC, 2021), y, fuera de España, la digitalización del manuscrito palatino, que está ahora disponible en línea¹, y el proyecto de ofrecer una edición crítica digital de toda la *Antología* con traducción multi-lingüe².

Esta nueva edición demuestra una vez más el interés y la curiosidad que todavía despiertan hoy los epigramas griegos, especialmente los eróticos, es decir, los que se relacionan de un modo u otro con Eros. Desde la composición inicial del libro V, queda patente esta vinculación con el dios griego del amor, al que se invoca a la manera de la poesía arcaica. El curioso lector se encontrará, pues, poemas que cantan tiernas muestras amorosas, pero también composiciones muy explícitas, casi pornográficas. El tono de los epigramas es igualmente variado, pues se suceden la pasión más encendida y el humor, la ingenuidad de las promesas adolescentes y la ironía de quienes están al final del camino de la vida.

La calidad literaria de los distintos epigramas y epigramatistas es también muy desigual. Debe tenerse en cuenta que la *Antología Palatina* es una compilación del siglo x, hecha por Constantino el Rodio o cualquier otro erudito de la época a partir de colecciones anteriores (*Guirnalda* de Meleagro, *Guirnalda* de Filipo, *Ciclo* de Agatías, etc.). Recoge, pues, composiciones que van desde el final del s. iv a.C. hasta la época bizantina. Por esta razón junto a bellos y originales epigramas de Calímaco, Asclepiades, Dióscorides, Filodemo o Meleagro, aparecen otros de menor valor, algunos de ellos meras imitaciones.

Con esta reedición invitamos a los lectores a saborear de nuevo estos pequeños poemas de amor y a recrearse

1. Consultable en: <https://digi.ub.uni-heidelberg.de/diglit/cpgraec23>.

2. Consultable en: <https://anthologiaegraeca.org/>.

en ellos, teniendo en cuenta que las líneas de nuestra traducción, que no pretenden ser auténticos versos españoles, se corresponden *grosso modo* con los dísticos griegos para así facilitar el cotejo de nuestra versión con el texto original y transmitir también visualmente las sensaciones que percibían los lectores para los que se compusieron estos poemas.

Introducción

ἄδιον οὐδὲν ἔρωτος AP 5.170.1 (Nóside)

1. El epigrama griego: del siglo VIII a.C. a la *Antología Palatina*

La historia del epigrama literario griego es en realidad la historia de las antologías de epigramas griegos, pues el epigrama, por su propia naturaleza, tiende a transmitirse en forma de colecciones o antologías, de modo que lo que hoy conocemos es lo que el compilador recopiló, bien siguiendo un criterio de selección expreso, o bien según su gusto personal. De hecho, nuestro conocimiento de la historia de este género literario se basa casi exclusivamente en la llamada *Antología Palatina*, que, como veremos remontándonos a los albores de la literatura griega, que es cuando se escribieron los primeros epigramas, no es sino una antología de antologías, obra de un erudito del siglo X.

Etimológicamente *epigrama* hace referencia a inscripciones grabadas en piedra, normalmente en una lápida sepulcral o una piedra conmemorativa de un monumento. En su origen no era más que una leyenda destinada a ser escrita en un objeto «para decir de quién es, o quién lo hizo, o quién lo dedicó a qué dios, o quién está enterrado bajo él»¹, es decir, tenía una finalidad eminentemente práctica, la de ser grabado en objetos

votivos, estatuas honoríficas o tumbas. Con el significado derivado de «breve texto poético significativo destinado a un objeto monumental», escrito por lo general en metro dactílico, se testimonia por primera vez en Heródoto y Tucídides, siempre relacionado con inscripciones funerarias o votivas, mientras que la acepción moderna de «pequeño poema satírico» no se encuentra hasta el latino Marcial, quien entiende por epigrama «poesía breve que termina con una broma picante»².

En Grecia se componían epigramas, es decir, inscripciones en verso, para conmemorar ocasiones especiales como la muerte de una persona o la ofrenda de algún objeto como mínimo desde el siglo VIII a.C.³. De hecho, la inscripción más antigua que se nos conserva es una leyenda en el cuello de una enócoe, datable hacia el 740 a.C., a lo largo del que se lee un hexámetro completo y parte de otro en los que se designa la vasija como premio para el mejor en una competición de danza⁴. Los primeros epigramas solían escribirse en hexámetros, al igual que los poemas épicos, pero poco a poco fue imponiéndose el dístico elegíaco que se convirtió en la forma métrica más habitual. El contenido y el propósito de los epigramas siguieron siendo durante mucho tiempo los mismos de los primeros epigramas, es decir, la mayoría de ellos no eran sino epitafios y exvotos⁵.

En época clásica se multiplican las ocasiones para conmemorar a los caídos en batalla (epitafios) y para consagrar ofrendas en acción de gracias por favores concedidos a alguna de las muchas divinidades en las que creían los griegos (exvotos). Se escriben tantos epigramas en esta época que para asegurar su inmortalidad a menudo se les asigna una autoría apócrifa. Arquíloco, Safo, Simónides, Anacreonte, Píndaro, Baquílides, Demóstenes, Platón, Menandro y otros muchos se convierten de la no-

che a la mañana en autores de epigramas. De entre estas falsas atribuciones destaca la asignación de 18 epigramas a Anacreonte, 23 a Platón y 89 a Simónides, el primer poeta que llegó a ser reconocido como autor de epigramas, a quien por su fama se le atribuyen multitud de epigramas anónimos, si bien solo uno en fuentes del siglo v, un epitafio del adivino Megistias, y a través de fuentes orales cuarenta años después del suceso⁶. Pero el primer epigrama adscrito a su autor sin lugar a dudas es una inscripción de la segunda mitad del siglo iv destinada a una estatua consagrada por Lisandro para conmemorar la captura de Atenas, obra del poeta Ión de Samos⁷.

Con el comienzo de la época helenística y especialmente de la mano de Asclepiades de Samos, aparentemente el primer autor que se especializó en la composición de epigramas simposíacos, se produce un giro en la historia del epigrama griego, pues gradualmente se fue convirtiendo en la forma literaria peculiar para la manifestación de los sentimientos y experiencias personales, un papel que en tiempos anteriores había sido desempeñado por la poesía monódica y la elegía⁸. En efecto, la principal aportación del período helenístico a la historia de este género literario es la creación del epigrama amoroso y la introducción en este género poético del análisis de los sentimientos personales, un tema muy de acuerdo con los gustos de la época, pues el amor es el tema favorito de los elegíacos alejandrinos e incluso se introduce en la poesía épica de la mano de Apolonio de Rodas⁹.

A pesar de ello no se olvidaron los temas de los primeros epigramas, pues epigramas dedicatorios y funerarios se escribirán al mismo tiempo que los eróticos y convivales. Característico de esta época es que los epigramas funerarios y dedicatorios se componen ahora como

obras de arte literarias, es decir, no estaban en absoluto destinados a ser grabados en piedra. El epigrama se siente ya como algo independiente de la piedra sobre la que se originó y pasa a convertirse en un género literario más¹⁰. Es más, colecciones de versos epigráficos estaban ya disponibles en la época de Esquines, a fines del siglo IV. La idea de escribir epigramas ficticios, es decir, poemas con forma de epitafios o dedicatorias no destinados a inscripciones, no era nueva, pero a comienzos del siglo III a.C. se ha convertido ya en un género.

La naturaleza del epigrama se ve alterada además por su difusión misma. Todos los poetas cultivan este género: Calímaco, Teócrito, Arato, entre otros. El epigrama rápidamente se convirtió en uno de los géneros literarios más populares en esta época. Leónidas se hizo famoso solo por sus epigramas y Posidipo de Pela fue honrado públicamente como el «epigramatista». Los poetas comenzaron a publicar colecciones de sus propios epigramas. De autores como Calímaco, Hédilo, Mnasalces, Filetas y Posidipo tenemos constancia de que publicaron libros de epigramas. Conservamos además papiros que contienen colecciones de epigramas de poetas helenísticos como Posidipo y Mnasalces y un número importante de papiros de los siglos III y II a.C. contienen epigramas¹¹. Hay además evidencias para sospechar que existió una edición conjunta de los epigramas de Asclepiádes, Posidipo y Hédilo, posiblemente conocida como *Σωρός* y compilada quizás por Hédilo, el más tardío de los tres¹². Puede que existieran otras colecciones de este tipo, lo que explicaría la pervivencia de epigramas de figuras menores. Así, por ejemplo, conocemos la existencia de una colección de epigramas monotemática sobre ciudades, obra de un tal Polemón de Troya, el «Periégeta», de la que se conservan algunos breves extractos en la obra

de Ateneo, todos ellos sobre las características y costumbres de diferentes ciudades; tenemos noticia de una obra de Neoptólemo de Paros que se titulaba *Sobre los epigramas*, pero más que una antología parece un estudio sobre el epigrama, lo que no deja de ser interesante a la hora de la caracterización definitiva del epigrama como género literario; y, por último, sabemos de unos *Epigramas áticos* de Filócoro de Atenas, obra citada a menudo como la primera antología de epigramas.

Florilegia de todo tipo eran frecuentes, pero la primera antología de epigramas ordenada artísticamente parece que fue la *Guirnalda* de Meleagro de Gádara, máximo representante, junto con Antípatro de Sidón, de una nueva floración del epigrama que se produjo a partir de la segunda mitad del siglo II y comienzos del I a.C., especialmente en Fenicia y Siria. Es cierto que la propia palabra «antología», con el significado de «colección de poemas de poetas diversos», no se testimonia hasta Diónisio en el siglo II d.C., pero la idea de «recopilación de flores», que es lo que significa etimológicamente «antología», está ya presente en el prefacio de Meleagro, en el que a cada autor que entrelaza en su libro le asigna una flor hasta formar una verdadera *Guirnalda* de poetas. De la antología de Meleagro nos han llegado tres papiros, aparentemente versiones reducidas o extractos, pero nuestra fuente principal sigue siendo la llamada *Antología Palatina*, que contiene el prefacio de Meleagro a su *Guirnalda*, en el que menciona a los contribuyentes a su antología, y una serie de bloques de epigramas en los libros 5 al 7, 9 y 12, que parecen proceder de la propia antología de Meleagro, compuestos por epigramas de poetas enunciados en el prefacio a su *Guirnalda*. Puede que existieran antologías de epigramas anteriores a la de Meleagro, pero seguro que estaban muy lejos de

ella en miras y alcance¹³. En efecto, esta antología se diferencia de las que probablemente existieron antes, primero, por su extensión, ochocientos poemas, que ocuparían nada menos que cuatro rollos de papiro¹⁴, y, segundo, por su disposición artística, reflejo de la voluntad del propio compilador que quiso crear una obra de arte, no una mera recopilación de epigramas. Meleagro recogió material de todas las áreas del mundo griego, desde Italia hasta Siria, de todas las épocas, desde Simónides hasta Antípato y Arquias, y de temas de todo tipo, incluyendo epigramas convivales, eróticos, dedicatorios, anatemáticos y funerarios. Se data alrededor del 100 a.C. porque el último epigramatista al que cita es Antípato de Sidón, que murió en torno al 125 o un poco más tarde y Meleagro incluye un epitafio del poeta. Como *terminus ante quem*, es seductora la hipótesis de que, tal como apunta A. A. Day, Arquias, poeta de esta primera *Guirnalda* que tiene una gran deuda estilística con Antípato de Sidón y al que se ha relacionado con el poeta Arquias amigo de Cicerón, trajera consigo la *Guirnalda* de Meleagro cuando llegó a Roma en el año 102, dada la gran cantidad de sorprendentes afinidades entre los epigramas eróticos de la *Guirnalda* de Meleagro y el reducido *corpus* de epigramas eróticos de Valerio Edito, Porcio Licino y Q. Lutacio Cátulo¹⁵.

La mayor aportación de Meleagro a la historia del epigrama antiguo es haber restringido la noción de «epigrama» a poemas breves, pues evidencias fuera de la antología de Meleagro nos hacen pensar que en los primeros momentos del mundo helenístico los epigramas eran a menudo de extensión considerable. Con Meleagro se impone además para el epigrama el uso del dístico elegíaco, si bien siguen escribiéndose epigramas en otros metros e incluso se combinan metros en un mismo poe-

ma. Sin duda, la selección que hizo Meleagro es la que ha condicionado nuestra percepción del epigrama clásico. Las siguientes antologías estarán inevitablemente marcadas por la de Meleagro.

Después de Meleagro, alrededor del año 40 d.C., compiló una segunda *Guirnalda* con la intención expresa de complementar la anterior Filipo de Tesalónica, antología en la que incluyó a la mayoría de los epigramatistas de alguna relevancia después de Meleagro comenzando por Filodemo. Una diferencia esencial con la *Guirnalda* de Meleagro es que esta contiene el trabajo de poetas famosos e influyentes, tales como Asclepiades, Posidipo, Calímaco, Leónidas y Meleagro mismo, muchos de los cuales publicaron colecciones independientes de poesía y con toda seguridad algunos de sus poemas hubieran sobrevivido aunque no los hubiera recogido Meleagro en su *Guirnalda*. La *Guirnalda* de Filipo, por el contrario, otorgó una inmortalidad inesperada y en muchos casos innecesaria a muchos poetas. Su autor empleó, sin duda, colecciones de poemas publicados por sus propios autores en el caso de poetas como Filodemo y Crinágoras, pero muchos de los poemas que recoge corresponden a poetas contemporáneos que él mismo conocería por medios privados. En este sentido es significativo que hay un gran número de poetas incluidos en su antología que son paisanos suyos. Los epigramas aparecen dispuestos en orden alfabético a partir de la primera letra de cada poema y dentro de cada grupo se establece una ordenación por temas¹⁶. Al igual que Meleagro, Filipo contribuyó con sus propios epigramas a su *Guirnalda* y se esforzó en ordenarla según criterios artísticos, pero la calidad literaria de esta segunda *Guirnalda* es por lo general menor y se percibe una evolución de lo amoroso a lo retórico, con predominio de los epigramas epidícticos frente

a los convivales o eróticos¹⁷. Fue sin duda una antología de epigramas muy leída, al menos hasta la época del reinado de Justiniano (527-565). Hasta el momento no se ha identificado ningún papiro, pero sí conservamos uno con los *incipit* de poemas de esta antología. Se trata del comienzo de 175 epigramas, de los que al menos 25 son de Filodemo.

Después de la época de Nerón asistimos a un desarrollo del epigrama de temática satírica, cuyo mejor representante es Lucilio, quien se especializó en el ataque de los defectos, no de individuos, sino de tipos humanos y clases (médicos, atletas, gordos, delgados...), y cuya principal aportación a la historia del epigrama fue acrecentar aún más la brevedad típica del género y la necesidad de buscar una «punta» ingeniosa¹⁸. Sus epigramas, junto con otros autores de finales del siglo I y principios del II d.C., formarían parte de la antología del gramático Diogeniano de Heraclea, elaborada bajo el reinado de Antonino Pío (138-161). En esta antología, de naturaleza oscura, es probable que los epigramas estuvieran ordenados alfabéticamente al modo de la de Filipo. Diogeniano era un erudito, pero no un poeta, y no hay testimonios de que contribuyera personalmente a su colección.

Por estas fechas se produjo un renacimiento del epigrama erótico con Rufino y Estratón, ambos de datación muy discutida. El primero parece ser un autor de finales del siglo I o principios del II d.C. y puede incluso que Diogeniano lo incluyera en su *Antología*¹⁹. Ya bajo Adriano, probablemente, Estratón, autor del que no sabemos prácticamente nada salvo su lugar de origen, Sardes, escribió su propia colección de epigramas pederásticos, conocida como *La Musa de los muchachos*, *corpus* de poemas homoeróticos que serviría de base para la selección de epigramas de temática homosexual que constituye el li-

bro 12 de la *Antología Palatina*. Antes de este resurgir de la temática erótica en el epigrama griego hay que situar la labor del hispano Marcial, epigramatista latino de la segunda mitad del siglo I notablemente influido por Lucilio y cuya relación con Rufino y Estratón es objeto de discusión²⁰.

El epigrama vive una resurrección de su función original, la inscripción en piedra, en el este de Europa entre los siglos IV y VI y en esta misma época se multiplican las inscripciones honoríficas destinadas a los gobernadores que incluían epigramas en verso²¹. Además, las *Guirnal-das*, junto a Homero y Nono, eran los libros de poesía clásica más populares a mediados del siglo VI en Constantinopla. La culminación de este movimiento de desarrollo del género se plasma en la última antología de la Antigüedad, el *Ciclo* de Agatías, historiador y poeta natural de Mirina (Asia Menor), que puede datarse en la época de Justiniano II (567-568)²². Agatías compiló un *Ciclo* de epigramas de sus contemporáneos, dispuesto al modo de la *Guirnalda* de Meleagro, gran parte del cual no es sino poesía de inscripciones de su época. Reunió epigramas de funcionarios del estado bizantino y profesionales liberales en un estilo llamativamente homogéneo, en el que se combina la tradición epigramática clásica con la verbosidad típica de poetas del momento, especialmente el egipcio Nono. Marca el final de la composición creativa en el género hasta la época de la mayor y más amplia antología de epigramas jamás realizada, la de Céfalas, en el siglo X.

Alrededor del 900 a.C. un profesor de escuela bizantino llamado Constantino Céfalas, πρωτοπάππας del palacio de Constantinopla en el año 917 d.C., reunió una colección ingente de epigramas basada en todas estas antologías anteriores, añadiendo material de una variedad de fuentes, en particular un gran número de ins-

cripciones sobre piedra reunidas de diferentes lugares de Grecia y Asia Menor por su contemporáneo Gregorio de Campsa. Los componentes esenciales de la antología de Céfalas fueron las antologías de las que se conservan prefacios en el libro cuarto de la *Antología Palatina*, la *Guirnalda* de Meleagro de Gádara, la de Filipo de Tesalónica y el *Ciclo* de Agatías. Es dudoso si Céfalas disponía de una copia de la antología de Meleagro (así lo afirma el escolio a AP 4.1) o extrajo sus epigramas de antologías intermedias. Una gran parte de los contenidos de las *Guirnaldas* debió perderse mucho antes de la recopilación de Céfalas que leemos en la *Antología Palatina*, pues, por poner un ejemplo, cuatro de los poetas mencionados por Meleagro en su prefacio no están representados en la *Antología Palatina*, a menos que alguno de los anónimos sean suyos. No conocemos la naturaleza de la *Antología* de Céfalas, pero, como veremos, podemos reconstruirla a partir del uso que de ella hicieron el compilador de la *Antología Palatina* y Máximo Planudes.

Algo más tarde, alrededor del 940, un erudito conocido como J, probablemente Constantino el Rodio²³, elaboró una versión ampliada de la redacción de Céfalas, añadiendo poesía cristiana y de écfrasis, versión que conocemos como *Antología Palatina*, sin duda, nuestra mejor fuente para el conocimiento del epigrama literario griego en un período que abarca más de dieciséis siglos, desde los primeros epigramas recogidos por Meleagro hasta los epigramas compilados por los seguidores de Céfalas.

La *Antología Palatina* es, en pocas palabras, un *corpus* extenso de poemas breves, casi exclusivamente epigramas, que oscilan en fechas desde Arquíloco, al que se atribuyen epigramas que con casi toda seguridad no son suyos, hasta el período bizantino. Se trata de una colección de aproximadamente 3.700 epigramas, un total de

22.000 a 23.000 versos –sin incluir la écfrasis de Cristodoro, un poema de 416 hexámetros–, dividida en los siguientes quince libros:

1. Inscripciones cristianas de los siglos iv-x.
2. Una écfrasis o descripción de estatuas de unas termas en Constantinopla por Cristodoro de Copto (datable hacia el 500 d.C.).
3. Epigramas de un templo de Apolo en Cízico.
4. Prefacios de Meleagro, Filipo y Agatías.
5. Epigramas eróticos (heterosexuales).
6. Epigramas dedicatorios o anatemáticos.
7. Epigramas funerarios o epitafios.
8. Epitafios de Gregorio de Nacianzo (s. iv d.C.).
9. Epigramas descriptivos o epidícticos.
10. Epigramas protrépticos o de exhortación (refranes o sentencias).
11. Epigramas convivales y satíricos.
12. Epigramas eróticos (homosexuales).
13. Poemas en metros no elegíacos (curiosidades métricas).
14. Oráculos, adivinanzas y juegos aritméticos.
15. Apéndice misceláneo, incluyendo poemas-figura (tegnopegnias), que adoptan la forma, por ejemplo, de un huevo, un hacha o alas.

Se trata en realidad de una edición ampliada de la antología de Céfalas, a la que se atribuyen la mayoría de los epigramas contenidos en los libros 5 al 7 y 9 al 12. En estos libros, bloques de epigramas de Meleagro, Filipo y Agatías alternan con secciones recopiladas y ordenadas por el propio Céfalas. Es probable, además, que el libro 4 funcionara a modo de introducción a la *Antología* de Céfalas, pues es difícil de pensar que alguien que no sea él

mismo tuviera a su disposición todos los prefacios de las tres colecciones de epigramas que utilizó y que además no tendría sentido que los recogiera otro que no fuera el propio compilador. El libro 8, consagrado en su totalidad a Gregorio de Nacianzo, proviene evidentemente de una colección independiente que contenía la poesía de ese padre de la Iglesia, y puede que el propio compilador de la *Antología Palatina* haya hecho la selección o, lo que es más probable, haya recogido íntegramente una selección anterior. El libro 2, la écfrasis de Cristodoro, se introdujo tal cual en la *Antología*. Los libros 1 y 3 tienen una peculiaridad que los hace diferentes: se componen de inscripciones colocadas en monumentos, el primero de inscripciones cristianas de los siglos v al x; el segundo, de versos grabados en una época indeterminada en los bajorrelieves helenísticos de un templo de Cízico. Los tres últimos libros (13 al 15) constituyen una especie de apéndice a la *Antología* de Céfalas, donde se recogen poesías anteriores omitidas por él y piezas recientes que no pudo conocer.

Finalmente, en el 1301 Máximo Planudes elaboró una antología más reducida basada en una versión abreviada de la de Céfalas y ordenada sistemáticamente, con elaboradas subdivisiones, en los siguientes siete libros:

1. Epigramas exhortativos.
2. Epigramas convivales y satíricos.
3. Epigramas funerarios.
4. Epigramas descriptivos.
5. Écfrasis de Cristodoro.
6. Epigramas dedicatorios.
7. Poesías amorosas.

Planudes es traductor, escoliasta, compilador y un gran prosista. La mayoría de sus obras están escritas en prosa

y su antología no contiene ninguna pieza original suya, al igual que la de Céfalas, sino que es una edición de poesías anteriores. Indudablemente Planudes conoció la antología de Céfalas, pero no conoció la *Antología Palatina*. Ambas antologías contienen la écfrasis de Cristodoro, pero en Planudes hay ocho versos que no se leen en la *Antología Palatina*, por lo que es probable que las dos versiones no deriven la una de la otra. Puede que manejara también el texto original de las *Guirnaldas*, y muy especialmente el *Ciclo* de Agatías, lo que explicaría la importancia que tienen en su obra los poetas de los siglos v y vi. Por fortuna en la *Antología* de Planudes se preservan 388 epigramas omitidos en la *Antología Palatina*, que en la actualidad, a partir de la segunda edición de Jacobs²⁴, se editan viciosamente como libro 16 de la misma.

La *Antología* de Planudes, conocida durante siglos como *Antología Griega*, eclipsó completamente las antologías anteriores hasta la publicación a finales del siglo xviii de la primera edición completa de la *Antología Palatina*.

2. Tradición manuscrita y ediciones

Ninguna de las antologías de epigramas de la Antigüedad se nos ha conservado en su forma original, ni tampoco la de Céfalas. Para nuestro conocimiento de ellas, y en realidad de prácticamente toda la historia del epigrama griego, dependemos de dos manuscritos, el catalogado como *Palatinus Heidelbergensis gr. 23*, un manuscrito del siglo x, y el *Marcianus gr. 481*, copia autógrafa de la *Antología* de Máximo Planudes, firmada y datada en septiembre de 1301 y conservada ahora en Venecia.

El primero de ellos, *Palatinus Heid. Gr. 23 (P)*, es el único manuscrito que nos ha conservado lo que conocemos

como *Antología Palatina*. Actualmente, por designios del azar, se encuentra dividido en dos. La mayor parte, la que contiene los libros 1 al 13, después de un período en Roma y París, regresó a Heidelberg en 1816 y se conserva allí con la signatura *Cod. Gr. 23*. Una pequeña parte fue dejada atrás accidentalmente en París, donde fue redescubierta por Dübner en 1839 como *Cod. Gr. Suppl. 384*. El manuscrito se divide en dos secciones, ambas datadas por los paleógrafos en el siglo x, no mucho después de la época de Céfalas. La más temprana, que comienza en el epigrama *AP 9.564*, fue escrita por la mano de dos escribas. La más antigua, que entre otras cosas contiene *AP 1-9.563*, también es fruto de la mano de dos escribas, en este caso no contemporáneos.

Este manuscrito fue descubierto en 1606 por Claude Saumaise en la Biblioteca Palatina, en Heidelberg, adonde llegó a mediados del xvi tras una peregrinación por diversas ciudades europeas. Se compone de 351 folios de dos páginas, con 33 a 34 líneas cada una. De este manuscrito se hicieron innumerables copias, algunas completas, pero la mayoría fragmentarias, a lo largo de los siglos xvi, xvii y xviii, que genéricamente se denominan *apographa*²⁵.

El segundo, *Marcianus gr. 481*, es un códice que contiene la antología llevada a cabo por Máximo Planudes, y que se conoce convencionalmente como *Antología Planúdea*. De los numerosos manuscritos de la *Antología* de Planudes difundidos en Italia durante los siglos xv y xvi, solo este es realmente interesante desde el punto de vista crítico, pues está escrito por la mano del propio Planudes, lo que excluye posibilidades de error del copista. Las ediciones que aparecieron en la Italia del xvi, que fueron múltiples, no se basaron en este manuscrito, pues hay diferencias en la ordenación e incluso en el texto.

Hay además otras fuentes de información secundarias, las llamadas *Syllogae Minores*:

Sylloge Euphemiana (E). Colección de epigramas un poco anterior a la de Céfalas que figura en tres manuscritos del siglo xv, el *Florentinus plut.*, 57, 29, el *Parisinus 1773* y el *Parisinus 2720*. El primero y el tercero contienen ambos 76 epigramas, mientras que el segundo 82. La mayoría de ellos son poesías descriptivas y proceden de una tradición independiente a la de Céfalas. Todos ellos se encuentran bien en el manuscrito *Palatinus 23*, la mayoría, o, si no, en la antología de Planudes.

Sylloge Parisina o Crameriana (S). Dos manuscritos de París, uno del siglo xviii (*París suppl. 352*), el otro del xiv (*París, 1630*), que parece ser un extracto reordenado del anterior, con 53 epigramas de los que 9 están ausentes en el primero. La *Sylloge* consta de 114 epigramas, 41 epidícticos o efrásticos, 15 protrépticos, 3 oráculos y 14 convivales o simpóticos y 32 eróticos, de los que la mayoría son pederásticos, es decir, material de los libros 9, 10, 11, 12 y 14 de la *Antología Palatina*. De ellos 69 figuran en la *Antología Palatina*, 22 en la Planúdea y 23 no aparecen en ninguna de las dos. Se ha discutido mucho si esta selección procede directamente de la antología de Céfalas.

Sylloge S. Colección de 121 epigramas, compilados en los siglos xiii o xiv, y recogida en *Florentinus plut.*, 57, 29, como la *Euphemiana*, y en el *Parisinus 1773*. Se trata de epigramas descriptivos, predominando los epitafios, y algunos epigramas satíricos al final. Todos los epigramas salvo dos aparecen en la *Antología Palatina*. Incluso hay un fragmento de la écfrasis de Cristodoro. Es probable que el autor se basara en la *Antología Planúdea*.

Sylloge Sp. Colección de 34 epigramas que ocupa seis de las ocho páginas cosidas al comienzo del manuscrito palatino. Parece que data de los siglos xii o xiii. Todos los epigramas aparecen bien en la *Antología Palatina* o en la